

Greguerías

Ramón Gómez de la Serna

El violón llevado en andas por los pobres ciegos, dos cogiéndole por la cabeza caída, con la melena de clavijas colgando, y otros dos cogiéndole por los pies, todos ellos dirigidos por un guía indiferente de ojos vivos, y seguidos por un grupo final de tristes asistentes al sepelio, todos unidos entre sí por las manos afectuosas que se apoyan en los hombros, formando así una larga guirnalda inseparable que comienza en el guía aburrido —como el cochero del entierro— y acaba en el último, que es el más jorobado por la fatalidad, el que arrastra más los pies, el que va más vestido de duelo, parece ser —¡pobre violón!— un desgraciado, muerto de cuerpo presente, al que conducen sus compañeros a través de la ciudad distraída, viva y banal... Todos, en el simulacro de entierro, parece que van apesadumbrados, con la cabeza abatida y el cuerpo doblado hacia la tierra, como compungidos, abrumados y con los ojos arrasados...

La jirafa es un caballo alargado por la curiosidad.

Los ventiladores rotativos que reparten su bendición papal por toda la sala parecen decir: «Ego te absolvo del calorem tuum».

Dadme una carretilla de estación y moveré el mundo.

Alguna estrella está llena de sueño y se la ve cerrar los ojos.

¿Qué terribles culones o qué terribles culonas hunden los bancos de piedra de los paseos públicos, siempre medio hundidos en la tierra?

Iba montado en los estribos de sus botines.

Las cosas abren un agujero en el fondo de los bolsillos, con una marcada intención de evadirse. No hacemos caso del primer roto; siempre les queda un segundo forro que romper en el foso del chaleco o de la americana. A lo más, se piensa mandar coser el descosido; pero eso se nos pasa, y como las cosas continúan royendo, royendo, al fin encuentran la salida definitiva y se pierden definitivamente.

Tenía orejas ideales para sostener el lápiz, y por eso hubo que dedicarle al comercio.

De los pañuelos que dicen ¡adiós! nacen las gaviotas.

Hay momentos en que se piensa, formando parte de las *colas*, que esos que no acaban de despegar su entremetida cabeza de la ventanilla de la estación o del circo están haciendo una larga confesión y tienen muchos pecados.

Esa patata, que es la cabeza de un niño... La cosecha de infantiles patatas de este año es lo que se llama natalidad.

Es más fácil quitar el traje o desollar a un cordero que desnudar a un niño dormido.

Las acacias echan unos pingajos negros cuya aparición podría resumir diciendo: «En las acacias han florecido ya los calcetines».

Cuando una bicicleta pasa por lo alto del camino parece que el paisaje se ha puesto lentes.

Todas las carnes muertas parecen dolerse aún cuando el carnicero las corta: todas menos las del jamón... El jamón está satisfecho de haber mejo-

rado con la muerte y la salazón; está satisfecho de ser rico jamón, y le gusta repartirse en lonchas finas, revelando, además, su belleza veteada e inconfundible.

¡El ruido más terrible del mundo es el que produce un sombrero de copa al caerse!

El pez más difícil de pescar es el jabón dentro del agua.

Los lápices son robados por los genios del aire, o por los niños de la sombra, o por el enredoso diablo... Seres misteriosos y apagados roban los lápices para pintar garrapatos en su misterio desocupado... Por cada cien lápices que se tienen, sólo se logran gastar y conservar cinco o seis.

Parece que alguna vez se nos ha entrado una hormiga por el oído y está dentro de nosotros satisfecha y sigilosa... Hay hasta cosquilleos interiores que denotan cuándo se pasea... ¡Qué absurdo, y sin embargo, qué pensado ha sido eso al levantarnos de las siestas sobre el santo suelo en los campos llenos de hormigas!

Hay días de mucho oleaje en los rieles... Esos días se nota un zarandeo náufrago en los tranvías y algún tren descarrila.

Junté un frac con una americana en la incubadora de un armario de lunas, y al cabo de nueve meses obtuve un chaqué.

Después de todo, no perdemos el tiempo de nuestra vida en cosas transcendentales, sino en cosas pequeñas y deleznable, como en igualar los cabos de las cintas de los zapatos, pues el de un lado se va consumiendo mientras el otro aumenta; en buscar imperdibles alfileres; en encontrar los lápices perdidos; en dar cuerda al reloj; en poner a la camisa nueva los gemelos y las muletillas, arrancados difícilmente a la que se tira; en buscar las zapatillas debajo de la cama; en asomarse al balcón para ver si va a llover; en buscar la cartera que tenemos en la otra americana, y además en

muchas otras cosas como éstas; en lo que sobre todo nos eternizamos hasta hacernos viejos es en esperar a que se llene el baño.

A veces vemos que las mecedoras se mecen solas... Es que las mecen los fantasmas o los chiquillos del viento.

Las moscas, de noche, dan igual lata que niño de pecho que se desvela y que ya es imposible dormir... ¡Que no se nos despierte una mosca a medianoche! ¡Rorro insoportable!

Cuando al afilar un lápiz se rompe la primera punta, no se debe continuar... Se romperán ya todas y dará una gran tristeza remordedora el ver irreparablemente chiquitín al lápiz largo y airoso... Hay algo de mala voluntad fatal en esa quebradura insistente, algo de no querer que escribáis lo que ibais a escribir, algo de dejar que se pase el pensamiento que ibais a apuntar.

Cuidado al volver las esquinas, porque todos los que son chatos se lo deben a un descuido al volver una esquina.

Esa mano a la que falta un dedo nunca parecerá lo que ha perdido, sino lo que oculta. Hasta parecerá que se le ha quedado metido hacia dentro, como el de un guante.

Las tijeras por grandes que sean, se pierden entre las cosas y los papeles como peces que se ocultan. Si no sonasen las tijeras al palpar los montones en que se ocultan no se las encontraría nunca.

Ese tic, ese suspiro con que inicia la campana del reloj el toque de la hora, es algo grave, desgarrado; es el paso espiritual, el jadeo trágico, la fatiga del tiempo, lo más interior e ingenuo del reloj, lo más voluntario... Es cuando hace su mayor esfuerzo, un esfuerzo por el que parece que se le va a romper un aneurisma, sobre todo cuando toma impulso para dar las doce... Esto se va agravando en los relojes hasta que son asmáticos, y un día el asma los mata.

Las botellas de champaña no pueden ser utilizadas en otra cosa. Siempre les queda su diadema de plata y se ve que son grandes damas venidas a menos. Hacen el vino más triste y peor.

¿Se pierde el tictac del reloj? ¿Dónde se va yendo? A la nada no es posible. Eso repugna a la inteligencia. Es tan precioso y tan significativo ese tictac, que no puede anonadarse. Se va hacia atrás en el tiempo, en una hileras que se alarga a espaldas nuestras, que vamos de frente y hacia adelante.

El saltamontes es una espiga que ha echado a correr y ha comenzado a dar brincos descomedidos.

Las portezuelas de los coches son aviesas como ellas solas: se abren en un descuido del cochero o del *chauffeur*, y en un momento parecen ir a chocar con un ruido seco y a desguazarse irreparablemente... ¡Qué pánico el de esas portezuelas abiertas en el coche que corre, pero cuánto mayor las del tren que vuela! Las del tren son más resabiadas; siempre parecen ir abiertas, y un hondo, un abismado escalofrío, la repercusión de una caída mortal, nos ha conmovido al pensarlo... Las hay que no quieren cerrarse, por más que se intenta... Nunca olvidaremos que fuimos asomados sobre el abismo a una de esas portezuelas sin cerrar, y que cuando lo notamos se nos cayó el corazón en aquel abismo en que fue tan posible que cayésemos.

Era cosa de buscar un detective para saber por qué cuando nos ponemos los tirantes resulta que están en otra medida a como estamos seguros de haberles dejado.

Nos disgusta profundamente, nos hace enmendarnos, el ver que el tinte-ro se ha ido secando solo... ¡Cuántas ideas se nos han debido evaporar!

Los zapatos andan solos... Avanzan en la noche muy de puntillas, sin crujimientos, pegados al zócalo de las paredes... Esto no se sabe, nunca se les ha pillado infraganti, pero se presiente y se tienen muchas pruebas de cargo para creerlo: se les encuentra distantes del sitio en que debían estar, muy extra-

viados; a veces se pierde sólo uno de los dos, se le busca por todas partes, y al fin aparece muy lejos, en el pasillo, quizá en la cocina o quizá en algún sitio lejano, en el que resulta incomprensible cómo pudo llegar; a veces son los dos los que desaparecen, y entonces se puede pensar que se han ido para no volver. ¿Dónde desapareció aquel par mío que estaba todavía nuevo? Es uno de los misterios que no he podido resolver nunca; el mayor de todos.

Las golondrinas juegan sobre la calle de cielo que corresponde a nuestra calle de tierra como párvulos en vacaciones o al salir de las escuelas.

En los menús debe escogerse todo lo que esté manuscrito y no pedir nunca nada de lo que esté impreso, que *pertenece* al museo bacteriológico del restaurant.

El botón tiene una agonía larga, obsesionante, inacabable... Al verle ir a desprenderse se piensa en mandarle afianzar en seguida, sin dilación... Pero después se olvida, se vuelve a recordar, se vuelve a olvidar, hasta que nos sorprende su caída... ¿Que será irreparable? No. En la caja de los botones que van almacenando ellas siempre hay alguno parecido, si no igual.

El gesto de sacarse el pañuelo del faldón del frac es un gesto ignominioso e indecentísimo.

Debía pagarse prenda por muchas cosas; por haber aplaudido esa partitura como si hubiese concluido ya, cuando aun le queda una caja de compases; por estar moviendo el café sin haber echado el azúcar; por intentar echar el vino sin haber quitado el tapón; por llevarse el tenedor a la boca sin la tajada que se creía conducir; por abrir el libro al revés; por mojar fuera del tintero; por mandar parar enérgicamente, con gestos de energúmeno, un tranvía que va lleno, etc., etc.

Deben dar un gusto atroz los colchones de muelles y los *sommiers* en la cabeza... Se ve que es el oficio mejor ese de llevar *sommier* y colchones de